



Andrea Maceiras

El enigma DE SIEMPREVIVA

Ilustrado por Sara Porras

XII CONCURSO

VILA D'IBI
2023

NARRATIVA INFANTIL

ANAYA

El enigma de Siempreviva

*Esta obra ha sido ganadora del
XLI Concurso de Narrativa Infantil Vila d'Ibi,
convocado por el Ayuntamiento de Ibi en colaboración con Anaya
y cuyo jurado, presidido por Lara María Ayala (concejala de Cultura
de Ibi), estuvo formado por Isabel Pérez Molina, Ramón Llorens,
José Luis Vicente Ferris y Pablo Cruz.*



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: Andrea Macciras, 2024
© De las ilustraciones: Sara Porras, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, abril 2024

ISBN: 978-84-143-3694-6
Depósito legal: M-6936-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Andrea Maceiras

El enigma de Siempreviva

Ilustraciones de Sara Porras



ANAYA

«Los secretos más grandes
se ocultan siempre en
los lugares más inverosímiles».

Charlie y la fábrica de chocolate,
ROALD DAHL

*Para mi hermana, girasol y semilla.
Para mi madre, siempre viva.*

Yo no solía guardar secretos.

Pero aquella caja parecía muy valiosa.

Me froté las uñas cuidadosamente, res-
tregando bien la tierra incrustada. Al otro
lado de la ventana, la oscuridad era com-
pleta. Papá y mamá no tardarían en re-
gresar a casa y no quería que viesen mis
dedos manchados. Me aclaré las manos
en el cubo y el agua se volvió turbia, ti-
ñéndose de un extraño color rojizo. La
tiré por el desagüe de la bañera. Después,
limpié los restos.

Era mejor no preocuparlos.

No quería que supiesen que había es-
tado excavando en el patio de la vieja
escuela.

Ni lo que había encontrado.

La caja estaba a mi lado, sobre las baldosas gastadas del baño. Era metálica y el óxido cubría sus esquinas. La tapa estaba un poco rota y se había atascado con el paso del tiempo. Me resultó imposible abrirla con las manos. Entonces pensé en las herramientas que había en la caseta del patio. Estaba a punto de salir a buscarlas cuando la voz de Centinela me sorprendió.

—Senda, es la hora de la cena —dijo.

—¿Ya? —pregunté.

—La hora de la cena es la hora en que se cena —añadió Centinela.

—Claro. Enseguida voy.

Guardé la caja bajo mi cama y me fui a la cocina. Allí, me dejé guiar por las instrucciones que aparecían en la pantalla de Centinela y preparé unas verduras orgánicas, traídas de quién sabe dónde. En el pueblo de Siempreviva ya no crecía nada. Y tampoco sucedía nada.

Siempreviva tenía un nombre muy engañoso.

Era el lugar menos vivo que había conocido nunca.

Por eso no podía dejar de pensar en la caja que había desenterrado. Ni en las palabras que estaban escritas en su tapa. Estaban algo despintadas, pero se leían claramente.

«Antes de la tierra roja».

Eso decían.

La tierra roja era el problema.

Y tal vez aquella caja contenía la solución.



1. UN LUGAR FANTASMA

Para llegar a Siempreviva, había que conocer bien el camino.

13

El pueblo de Siempreviva se encontraba en un valle rodeado de montañas. Era necesario descender por una carretera llena de curvas que en invierno se cubría de nieve. Suerte que mamá era buena conductora. Y que todavía estaba empezando el otoño.

—Para el coche, Elisa, por favor —pidió papá.

—¿Te encuentras bien, Jacobo?

—Me he mareado con tanta curva.

Mamá detuvo el coche en medio de la carretera desierta. Mientras papá se alejaba unos pasos, yo contemplé el paisaje.

Me dio la sensación de que el valle era un pozo excavado entre colinas. Y sentí vértigo al mirar abajo. En lo más profundo del valle, conté una docena de casas, casi todas ruinosas. Tenía la impresión de que aquel pueblo en el que íbamos a vivir era un esqueleto atrapado entre gigantes, cubierto con un manto rojizo y polvoriento.

14

Un lugar fantasma.

—No hay árboles ni plantas —dije.

—Es por la contaminación, Senda —explicó mamá—. Pero no te preocupes. En los meses de frío el entorno no es tóxico. Todo empeora cuando los días son más largos y llega el calor.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos?
—pregunté.

—Lo justo para que papá y yo hagamos nuestro trabajo. Tenemos que recoger muestras de tierra, de agua y de las pocas plantas que puedan quedar. Después enviaremos las pruebas al laboratorio para hacer análisis y redactar un informe con posibles soluciones. Aunque,

si te soy sincera, no creo que seamos de gran ayuda en Siempreviva. Estas montañas están llenas de antiguas minas que lo han intoxicado todo. Sigo creyendo que no debimos aceptar este trabajo.

—¿Y por qué lo hicisteis? —pregunté.

—Por papá —respondió mamá.

Papá se había acercado a nosotras, en silencio.

—La abuela Úrsula fue maestra aquí durante su juventud —explicó—. Recuerdo que hablaba con mucho cariño de este lugar. Decía que Siempreviva poseía un bosque frondoso, verde en verano y dorado en los otoños. Y que nunca olvidaría sus árboles centenarios, ni la abundancia de sus manantiales. Ella se marchó cuando cerraron la escuela, como casi todos los habitantes del pueblo. Pero Siempreviva se mantuvo intacto en su memoria. Por eso quise aceptar este empleo.

Asentí.

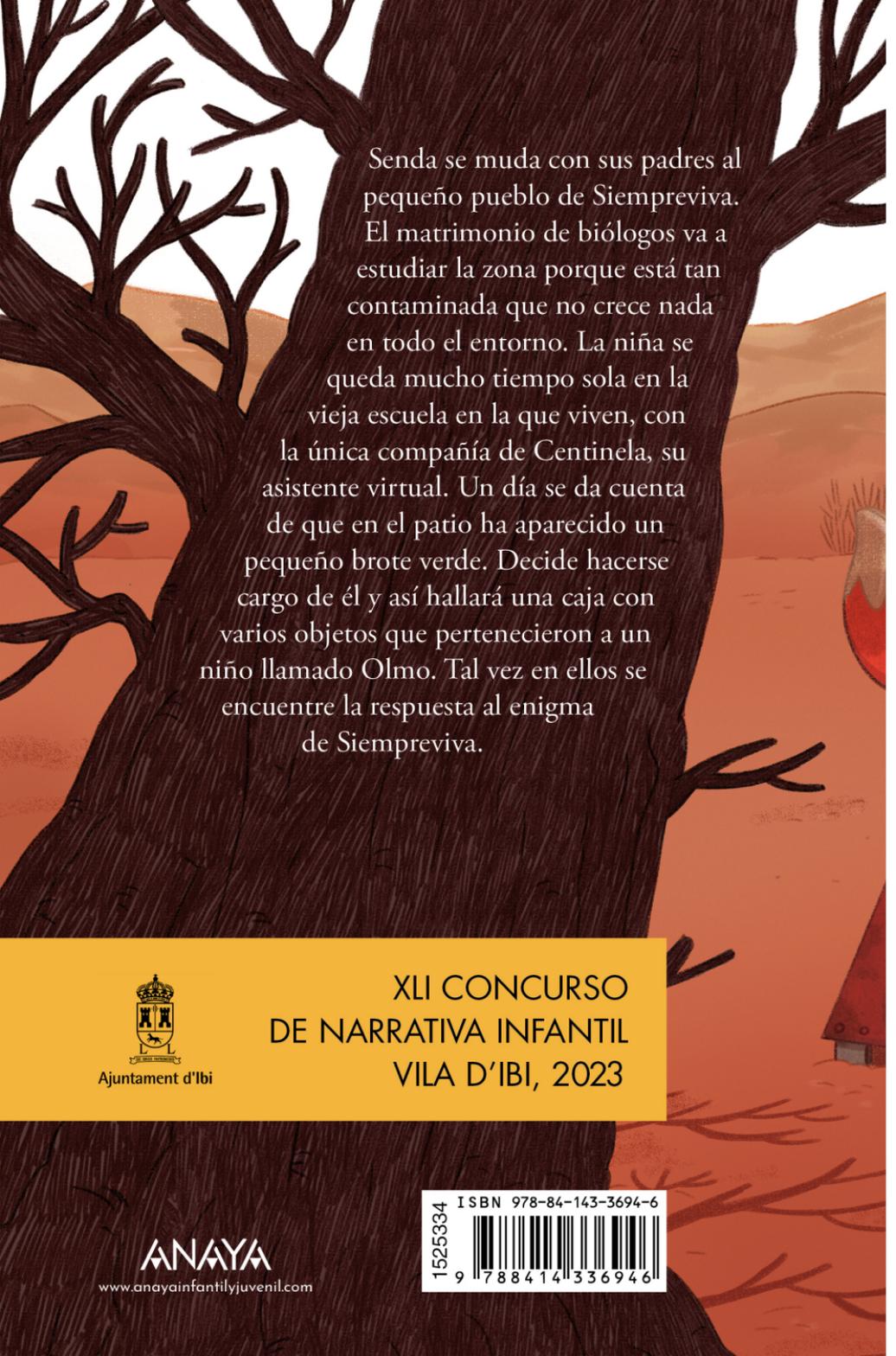
Todos huían.

En cambio, nosotros nos mudábamos a Siempreviva.

—Nos iremos antes de que comience la primavera, Senda —añadió mamá—. Te lo prometo.

Yo no dije nada. Mis padres eran biólogos y se dedicaban a analizar la naturaleza de lugares contaminados. Muchas veces lograban mejorar la calidad del entorno. A mí me parecía un trabajo bonito y, sobre todo, me gustaba que nos permitiese conocer tantos sitios diferentes. Habíamos vivido entre bosques y arroyos, en pueblos de tierras claras y oscuras, en cabañas de madera y granjas remotas. Incluso en una tienda de campaña en mitad del desierto.

Pero ninguno de aquellos lugares se parecía a Siempreviva.



Senda se muda con sus padres al pequeño pueblo de Siempreviva. El matrimonio de biólogos va a estudiar la zona porque está tan contaminada que no crece nada en todo el entorno. La niña se queda mucho tiempo sola en la vieja escuela en la que viven, con la única compañía de Centinela, su asistente virtual. Un día se da cuenta de que en el patio ha aparecido un pequeño brote verde. Decide hacerse cargo de él y así hallará una caja con varios objetos que pertenecieron a un niño llamado Olmo. Tal vez en ellos se encuentre la respuesta al enigma de Siempreviva.



Ajuntament d'Ibì

XLI CONCURSO
DE NARRATIVA INFANTIL
VILA D'IBI, 2023

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com

